Desde que María se levantó de su carrito, gritando que estaba curada; desde que andaba tan fuerte, tan viva, sentía Pedro apoderarse de él una desolación inmensa. Sin embargo, la amaba con fraternal pasión, había experimentado una dicha sin límites al ver que ella no sufría más. ¿Por qué, pues, agonizaba él de este modo, con la felicidad de ella? No podía mirarla, ahora, arrodillada, radiante en medio de sus lágrimas, de una belleza reconquistada y grandiosa, sin que su pobre corazón manase sangre como de una mortal herida.

Quería quedarse, no obstante; volvía los ojos, trataba de interesarse por el padre Massías, siempre agitado por sus sollozos, sobre las piedras, y del cual envidiaba el arrobamiento en la devoradora ilusión del amor divino. Hasta llegó un instante á preguntar á Berthaud, y fingió admirar una bandera, acerca de la cual pidió explicaciones.

—¿Cuál? ¿Esa bandera de encaje, allá abajo?

—Sí, á la izquierda.

—Es una bandera ofrecida por Puy. Las armas son las de Puy y las de Lourdes unidas por el Rosario .. El encaje es tan fino, que cabe en la mano cerrada.

Pero el abate Judaine se adelantaba; la ceremonia iba á empezar. Los órganos resonaron de nuevo; entonaron un cántico, mientras que, sobre el altar, el Santísimo Sacramento estaba como el astro-rey, entre el centelleo de los corazones de oro y plata, innumerables como las estrellas.

Y Pedro, no tuvo fuerza para seguír más allí. Puesto que María estaba con la señora de Jonquière y Ramona, quienes la acompañarían, podía él irse, desaparecer en un ángulo oscuro, donde por fin lloraría. En pocas palabras se excusó, protextando una cita con el doctor Chassaigue. Después, sintió aún un temor: el de no saber como salir; de tal modo ocupaba la puerta la prensada ola de los fieles. Tuvo una inspiración: atravesó la sacristía y descendió á la cripta por la estrecha escalera interior.

Repentinamente, sucedió un silencio profundo, una sombra sepulcral, á las voces de alegría, al prodigioso estallido de arriba.

La cripta, tallada en la roca, constaba de dos estrechos pasillos, separados por el cimiento que sostenía la nave; y los cuales conducían bajo la bóveda á una capilla subterránea iluminada noche y días por pequeñas lámparas.

Un oscuro bosque de pilares se entrecruzaba; existía allí un místico terror, en las semi-tinieblas, donde reinaba el misterio. Las paredes estaban desnudas; eran la piedra misma del sepulcro en cuyo fondo todo hombre debe dormir su último sueño.

A lo largo de las pasillos, contra las paredes, recubiertas de arriba abajo por las placas de marmol de los exvotos, no se veía más que una doble hilera de confesonarios; porque se confesaba en esta paz muerta

de la tierra; había allí sacerdotes que hablaban todos los idiomas, para perdonar sus faltas á los pecadores, llegados de los cuatro ángulos del mundo.

A esta hora, mientras que la muchedumbre se aplastaba arriba, hallábase la cripta completamente desierta; ni un alma dejaba allí sentir su pequeño extremecimiento; y Pedro, en este gran silencio, en esta oscuridad, en este fresco de la tumba, se inclinó sobre sus rodillas. No era necesidad de ruego y adoraciones lo que sentía, era que todo su ser desfallecía bajo la tormenta moral que acababa de destrozarle. Tenía sed torturadora de ver claro en sí. ¡Ah; por que no podía hundirse más profundamente en la nada de las cosas, reflexionar, comprender, calmarse, en fin!

Y experimentaba una terrible agonia.

Trató de reconstruir todo lo pasado, desde el primer minuto en que María, de pronto, levantaba de su cama de miseria, había lanzado su grito de resurrección. ¿Por qué, pues, á pesar de su júbilo fraternal al volverla á ver de pie, sentía desde entonces un malestar atroz, como si le hubiese herido la más mortal desdicha? ¿Estaba celoso de la gracia divina? ¿Sufría porque la Vírgen, al curarla á ella, le olvidó á él, cuya alma estaba tan enferma?

Se acordaba del último plazo que se había dado, de la suprema cita que había fijado á la fe, en el momento en que pasase el Santísimo Sacramento, si María era curada; y estaba curada y él seguía no creyendo, y en lo sucesivo no tenía más esperanza, porque no creería jamás.

Allí sangraba la llaga viva. Esto saltaba con una crueldad con una certidumbre ciega: ella estaba salvada, él estaba perdido.

El pretendido milagro que la resucitaba á la vída concluyó de determinar en él la ruína de toda la creencia en lo sobrenatural. Lo que había soñado un instante: buscar todavía y volver á encontrar quizás en Lourdes la fe ingénua, la fe dichosa del niño, no era ya posible, no reflorecería después de este anonadamiento del prodigio, de esta curación que Beauclair le había anunciado, y que se había realizado punto por punto.

¡Celos! ¡Oh! ¡No! Pero anonadado, mortalmente triste, de quedar de este modo completamente solo, en el desierto helado de su inteligencia, adhelando la ilusión, la mentira, el divino amor de los simples de espíritu, de que su corazón no era ya cabaz.

Una ola de amargura ahogó á Pedro y las lágrimas brotaron de sus ojos. Cayó sobre las losas, aniquilado de angustia. Y recordó esta deliciosa historia desde el día en que María, que había adivinado la tortura de su duda, se apasionó por su conversión tomándole la mano en la oscuridad, guardándola entre las suyas, balbuceando que ella rogaría por él ¡oh! con toda su alma. Ella se olvidó de sí misma; suplicaba á la Santa Vírgen que salvase á su amigo antes que á ella, si no tenía más que una gracia que obtener de su divino Hijo.

Después, fué otro recuerdo el que se le presentó: las horas adorables que habían pasado juntos bajo de espesa noche de los árboles, durante el desfile de la procesión de las antorchas. Allí todavía habían rogado el uno por el otro, se habían fundido uno en otro los dos espíritus con tan ardiente deseo de su mutua dicha, que habían tocado un instante el fondo del amor que se da y que se inmola. Y su largo cariño empapado en lágrimas, el puro idilio de su sufrimiento terminaba en esta brutal separación.

Ella salvada, radiante en medio de los cantos de la Basílica triunfante; él perdido, sollozando de miseria, hundido en el fondo de las tinieblas de la cripta, en una helada soledad de tumba. Así era como acababa de perderla por segunda vez para siempre.

Repentinamente sintió Pedro la puñalada que este pensamiento le daba en pleno corazón. Comprendió por fin su mal, y fué una claridad súbita que iluminó la terrible crisis en que se debatía.

La primera vez perdió á María el día en que se hizo sacerdote, diciéndose que bien podía él no ser más hombre puesto que ella jamás sería mujer, herida en su sexo de una enfermedad incurable. Y he aquí que estaba curada, que llegaba á ser mujer, he haí que, de un golpe, la volvía á ver tan fuerte, tan bella y viva, y deseable y fecunda.

El estaba muerto; no podía volver á ser hombre. Jamás levantaría la losa sepulcral que aplastaba, que sellaba su carne. Ella se escapaba sola; le dejaba en la tierra fría.

Era el vasto mundo el que se abría ante ella: la dicha, el amor que sonríe iluminando como un sol todos los caminos con el nombre de marido é hijos sin duda. Mientras que él, como amortajado hasta los hombros, no guardaba libre más que su cerebro para sufrir más.

María era aún suya, mientras no era de ningún otro. Y Pedro comprendía que la angustia horrible que le ahogaba hacia una hora, era tan solo causada por aquella desgarradura última que le separaba de él, y esta vez para siempre.

Entonces, la irá sacudió á Pedro. Tentado estuvo de subir y á gritos declarar la verdad á María. ¡El milagro, mentira! ¡La bondad caritativa de un Dios todopoderoso, ilusión pura! Sólo la naturaleza había obrado; la vida acababa de vencer una vez más. Y hubiera dado pruebas, hubiera mostrado la única vía soberana que había devuelto la salud con todos los sufrimientos de aquí abajo. Después partirían juntos, irían lejos, muy lejos para ser dichosos. Pero un súbito terror le invadió. ¿Qué? ¿Tocar á esta pequeña alma inmaculada, matar en ella la creencia, llenarla de esas ruínas de la fe, que él mismo contemplaba destrozada dentro de sí? Eso le apareció de repente como un odioso sacrilegio. Hubiese en seguida sentido horror, hubiera creído haberla asesinado, si se reconocía algún día incapaz de darle una dicha ugual.

Tal vez ella no le creyese. Por otra parte, jamás se casaría con un

sacerdote perjuro ella, que miraba la inolvidable dulzura de haber sido curada en el éxtasis. Todo esto le pareció loco, monstruoso, sucio.

Por fin su resolución se apaciguó, y no guardaba sino una infinita lasitud, una ardiente sensación de llaga incurable, su pobre corazón, muerto y arrancado.

Después, en su abandono, en la vida que él arrastraba, le angustió el temor de una lucha suprema. ¿Qué iba á hacer? Hubiera querido huir, no ver más á María, volverse cobarde ante el sufrimiento. Porque comprendía bien que necesitaría mentir ahora, puesto que María le creía salvado con ella, convertido, curada su alma como ella había curado su cuerpo. Bien le habia expresado su júbilo mientras iba guiando su carrito por las monumentales escaleras. ¡Oh, haber tenido esa gran dicha juntos, juntos! ¡Haber sentido fundirse sus almas una en otra! Y Pedro había mentido ya, estaría obligado á mentir siempre para no echar á perder en María esta bella y purísima ilusión.

Dejó apagarse las últimas pulsaciones de sus venas; juró tener la sublime caridad de aparentar la paz, el arrobamiento del que se salva. La quería completamente dichosa, sin un disgusto, sin una duda, en plena serenidad de fé, convencida de que la Santa Vírgen habia consentido en su unión, enteramente mística. ¡Qué importaban las torturas de él! Tal vez más tarde se enmendaría.

En medio de la soledad desoladora en que iba á hallarse su inteligencia, ¿no era ya un poco de felicidad que le fortificaría el dejar á María gozar de todo su júbilo por medio de una consoladora mentira?

Transcurieron aún algunos minutos y Pedro quedó sobre las losas, aniquilado, calmanda su fiebre. No pensaba más, no existía más, en la prostración de todo su ser, que sigue á las grandes crisis; hasta que creyó oir ruído de pasos. Levantóse penosamente, fingió leer los exvotos, las inscripciones grabadas sobre las losas de marmol á lo largo de los muros.

Pero se había engañado; nadie estaba allí; sin embargo, no dejó su lectura; continuó maquinalmente buscando una distracción, que halló en seguida por una nueva emoción.

Esto era inimaginable. La fé, la adoración, la gratitud, se mostraban en esta losas de marmol, grabadas en letras de oro, por cientos, por miles de ejemplares. Había ingenuidades que daban risa. Un coronel había hecho esculpir su pié con estas palabras: «Vos me le habéis conservado; haced que os sirva.» Más lejos se leía: «¡Qué su protección se extienda á la fábrica!»

Aún eran más extrañas las peticiones que se adivinaban en medio de la franqueza de las gracias que daban: «A María inmaculada, un padre de familia; salud devuelta, pleito ganado; ascenso obtenido.»

Pero esto se perdía en el concierto de los ardientes gritos que subían. El grito de los amantes: «Pablo y Ana, piden la bendición de Nuestra Señora de Lourdes para su unión.» El grito de las madres: «Grati-

tud á María; tres veces ha curado mi niño.» «Gracias por el nacimiento de María Antoñeta que le confió, así como los míos y yo.—P. D., edad de tres años, ha sido conservada para el amor de los suyos.» El grito de las esposas, el grito de los enfermos aliviados, el grito de las almas entregadas á la dicha: «Proteged á mi marido, haced que mi marido se porte bien.—Me hallaba enfermo de las dos piernas; estoy curado.—Hemos venido y esperamos.—Yo he rogado, he llorado, y ella me ha atendido.»

Y gritos aún de ardiente discreción hacían pensar en largas novelas: «Vos nos habéis unido; protégednos.»—«A María, por la mayor de las bondades.» Y siempre los mismos gritos, las mismas frases, llegaban con un fervor apasionado: gratitud, reconocimiento, homenaje, acción de gracias. ¡Ah, cientos millares de gritos, fijados para siempre en el marmol, que del fondó de la cripta clamaban á la Vírgen la eterna devoción de las miserias humanas que había socorrido!

Pedro no dejaba de leer lleno de amargura hasta la boca, sintiendo una desolación creciente. ¡Tan sólo él no tenía que esperar ningún socorro? Cuando tantos sufrimientos eran atendidos, ¿él únicamente no había sabido hacerse oir? Y pensaba ahora en la extraordinaria cantidad de súplicas que debían hacerse en Lourdes, desde el principio al fin del año. Trataba de calcular el número de aquéllas: los días vividos ante la Gruta, las noches pasadas en la iglesia del Rosario, las ceremonias en la Basílica y las procesiones bajo el sol y bajo las estrellas. Pero era incalcuble esta continua súplica de todos los segundos. El propósito de los fieles era fatigar los oídos de Dios, arrancarle mercedes, perdones, por la fuerza de la masa misma; de la enorme masa de los ruegos.

Los sacerdotes decían que era preciso ofrecer á Dios las expiaciones exigidas por los pecados de Francia, y que cuando la suma de esas expiaciones fuese bastante fuerte, Francia dejaría de ser golpeada. ¡Qué dura creencia esa de la necesidad del castigo! ¡Qué feroz imaginación la que engendraba tan negro pesimismo! ¡Qué mala debía ser la vida para que una súplica semejante, un grito tal de miseria física y moral, subiese hacia el cielo!

Pero en medio de esta tristeza sin límites, Pedro notó que iba sintiendo una piedad profunda. ¡Ah, esta miserable humanidad le trastornaba al verla en este exceso de desdicha tan desnuda, tan débil, tan abandonada que renunciaba á su razón para no esperar la dicha posible sino en la embriaguez ó la alucinación de un sueño.

De nuevo las lágrimas llenaron sus ojos; lloraba por él mismo, por las demás, por todos los pobres seres torturados que necesitan dejar su mal adormecido, á fin de sustraeres á las realidades de este mundo. Le parecía oir aún á la muchedumbre hacinada, arrodillada ante la Gruta lanzando al cielo la infiamada súplica de su ruego; las multitudes de veinte y trenta mil almas de donde subía un fervor de deseo que se veía humear bajo el sol, como incienso.

Después, debajo de la cripta, en la iglesia del Rosario, se abrasaba otra exaltación de fé, las noches enteras pasadas en el paraíso del éxtasis, las muchas delicias de las comuniones, los ardientes llamamientos sin palabras, en que toda criatura se consume, arde y se disipa.

Después, como si los gritos lanzados ante la Gruta, como si la perpetua adoración al Rosario no fuese bastante, volvía á comenzar este clamor de ardiente demanda, alrededor de él sobre los muros de la cripta; pero allí, se eternizaba en el marmol, no cesaría de gritar el sufrimiento humano, hasta lejanas edades; era el marmol, eran los muros quienes suplicaban, invadidos de la calentura de universal piedad que ablandaba hasta á las piedras.

Y finalmente, las preces seguían subiendo más arriba, siempre más allá lanzadas desde la radiante Basílica que bullía encima de él, llena en este momento de un pueblo frenético, cuyo soplo enorme, estallando en un canto de esperanza, creía sentir á través de las losas de la nave.

Acabó Pedro por sentirse arrastrado, como si se encontrase en medio del vaivén mismo de esta inmensa ola de súplicas, que, partiendo del polvo mismo del suelo, trepaba por los pisos de las iglesias superpuestas, conmovía las murallas hasta el extremo de hacerlas sollozar también, y el grito supremo de miseria iba á horadar el cielo, con la aguja blanca, la alta cruz dorada colocada al extremo de la torre.

¡Oh, Dios Todopoderoso! ¡Oh!, divinidad, fuerza compasiva; quien quiera que seas, ten piedad de los pobres hombres; haz cesar el sufrimiento humano!

Repentinamente quedó Pedro deslumbrado. Había seguido el pasillo de la izquierda, y desembocaba en plena luz, á lo alto de las escaleras. En seguida, dos brazos amigos le sujetaron, le envolvieron. Era el doctor Chassaigne, cuya cita había olvidado, que le aguardaba allí para llevarle á visitar la cámara de Bernadette y la iglesia del cura Peyramale.

—¡Oh, hijo mío, qué alegría debe ser la de usted!... Acabo de saber la gran noticia, la gracia extraordinaria con que Nuestra Señora de Lourdes ha colmado á su amiga de usted... Acuérdese de lo que yo le decía anteayer. Ahora, estoy tranquilo, está usted salvado.

El sacerdote, muy pálido, sintó una última amargura. Pero pudo sonreir y respondió con dulzura:

—Sí, estamos salvados; soy muy feliz.

Era la mentira que empezaba, la divina ilusión con que él quería engañar caritativamente á los demás.

Y Pedro presenció aún otro espectáculo. La gran puerta de la Basílica estaba abierta de par en par, los rayos rojos del sol enfilaban la nave de un extremo á otro. Todo llameaba con un resplandor de incendio; la reja dorada del coro, los exvotos de oro y plata, las lámparas enriquecidas de pedrerías, los estandartes bordados de colores, los incensarios balanceados, parecidos á joyas que volaban. Allá abajo, en el fondo

de este ardiente esplendor, entre las sobrepellices y casullas de oro, reconoció á María, con sus cabellos sueltos, cabellos de oro también cuya ola la revestía de un manto dorado.

Y los órganos estallaban en un canto regio, el pueblo delirante aclamaba á Dios, y el abate Judaine, que acababa de tomar nuevamente del altar del Santísimo Sacramento le presentaba por última vez, magnífico, altísimo y resplandeciente como una gloria, en medio de ese torrente de oro de la Basílica, cuyas campanas, echadas á vuelo, tañían proclamando el prodigioso triunfo.

V.

En seguida, y mientras bajaban las escaleras, el doctor Chassaigne dijo á Pedro:

—Acaba usted de ver el triunfo; le voy á enseñar ahora dos grandes injusticias.

Y le condujo á la calle de los Petits-Fossés, á visitar la cámara de Bernadette, esta cámara baja y oscura, de donde ella salió el día en que la Santa Vírgen se le apareciò.

La calle de los Petits-Fossés, parte de la antigua calle del Bosque, hoy día calle de la Gruta y va á cortar la calle del Tribunal. Es una callejuela tortuosa, algo pendiente y muy triste. Los transeuntes son raros en ella; sólo está bordeada por altas paredes, casas miserables y fachadas sombrías, en las que no se abre una sola ventana. Un árbol en un patio es su única alegría.

—Ya llegamos—dijo el doctor.

La calle en este sitio se estrechaba mucho, y la casa se hallaba en frente de una alta muralla gris, la muralla desnuda de un granero. Los dos, levantando la cabeza miraron la casita que parecía muerta, con sus ventanas estrechas, su grosero blanqueo violáceo, de una vergonzosa fealdad de pobre. Abajo, el pasadizo se hundía enteramente negro; sólo le cerraba una delgada y antigua reja; había que subir un escalón, que el arroyo bañaba en las épocas de tormenta.

El doctor exclamó:

—Entre usted, amigo mío, entre usted. No hay más que empujar la reja.

El pasadizo era profundo; Pedro seguía con la mano en el humilde muro, por temor á dar un paso en falso.

Se le figuraba que descendía á una cueva en plena oscuridad, pareciéndole senitr bajo sus pies un suelo resbalazido y húmedo. Después, al final, á una nueva indicación del doctor, volvió á la derecha.

—Bájese, porque podría usted tropezar. La puerta es baja... Eso, ya estamos.

Como la de la calle, esta puerta del cuarto estaba abierta de par en par, demostrando el mayor abandono. Y Pedro, que se había detenido en medio de la habitación, perplejo con los ojos heridos todavía por la viva claridad de fuera, no distinguía absolutamente nada, al caer allí en plena noche. Un gran frío, parecido á le sensación de un lienzo mojado, le corrió por sus espaldas.